# Pok a Tok El juego de pelota

GILBERTO RENDON ORTIZ






Tok El juego de pelota
GILBERTO RENDON ORTIZ

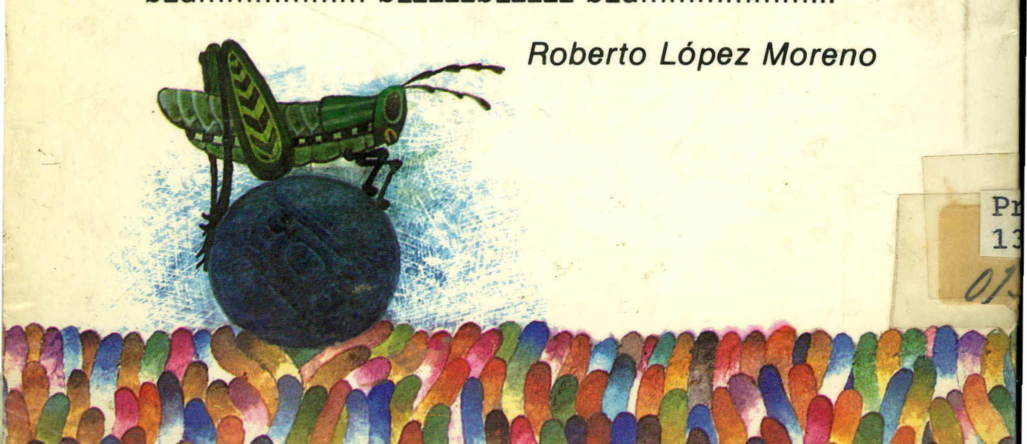
colección nogales




De los paisajes bordaditos con tunales y xoconostles hasta el mercado de Ixmiquilpan, en donde se venden ilusiones y futuros de los más variados e intensos colores, pasando por tierras yermas donde habita el cactus y el mezquite, la víbora Cascabel y la lagartija Anbotaga junto con la verde Cuiji de seda y los primorosos Huichichiquis de Huehue Sol-re-do, vienen saltando hasta las páginas de este libro los pequeños cuentecillos, esos que danzan inquietos en las noches sobre las almohadas de los niños.

Gilberto Rendón es quien ahora los trae de la mano después de haberlos extraído de las más profunda raíces mexicanas y paseado por sacbé, el camino donde transitan las antiguas fantasías mayas. Gilberto es el escritor para niños que más ha penetrado en la esencia de México. En este libro Gilberto Rendón nos enseña cómo se puede escribir bien la ortografía de la magia, la que recorre el mundo de los ensueños tarareando una tonadita que los chuparrosas repiten así cuando la luna está alta y redonda: "bzzzzzbzzzzzz bzummmmmm bzzzzzbzzzzz bzummmmmm..."

*Roberto López Moreno*



H. AYUNTAMIENTO DE AMECAMECA 1985-1987
*Pdte. Municipal: Ing. Genaro Sánchez Ramos*

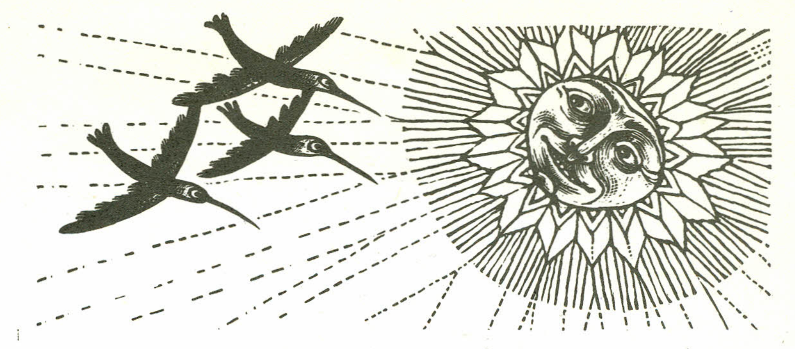
COORDINACION EDITORIAL
Lic. Liliana Santirso M.

POK A TOK


1985 Primera Reimpresión
1987 Segunda Reimpresión

ISBN: 968-7205-03-2

Editorial Amaquemecan, S. A. de C. V.
Rosario 12, 3er. piso
Tel. 91 597 8-03-46
Amecameca, Méx. C.P. 56900



# POK A TOK
## El juego de pelota

Gilberto Rendón Ortiz

Ilustraciones: Felipe Dávalos

colección nogales
6



# AMOLE

Era como un botoncito de rosa, pero no era un botón de rosa. Tenía las hojas verde ceniza, duras y enhiestas y había llegado rodando poquito a poquito, empujada por el viento, hasta que logró agarrarse con sus raicitas en el páramo más árido del valle. Allí, muda y solitaria, se plantó bien firme en la tierra seca.

—¡Qué enana feucha! —exclamó la verde Cuiji de seda cuando se picó en el lomo con una de las duras puntas de la recién llegada.

—¡Feucha y agria! —repuso el Metoro Dientemellado que había probado a roer su jicamita en busca de aguamiel.

—Y engreída —añadió el Zanate prieto que trató en vano de hacer plática con ella.

—¡Una calamidad! —silbó la Ojona culebra de agua, la cual, aunque jamás llegaría a conocerla, por-



que nunca salía de sus aguas cenagosas, estaba siempre dispuesta a hablar mal de los otros.

Sólo el Gavilán Pollero del Cactus hueco hizo un buen comentario de la recién llegada:

—¡Qué bonito amole! —se saboreó por anticipado—. ¡Y más bonito se va a poner cuando eche su quiote!

Pero como el Gavilán era un animal muy desagradable para la verde Cuiji de seda y el metoro Dientemellado, para el Zanate Prieto y la Ojona culebra de agua, sucedió que sus palabras fueron tomadas a mal y más feucha y agria y engreída y calamitosa les pareció la plantita.

—Que eche los quiotes que quiera —dijo despectiva la Ojona culebra de agua—. Eso no le quitará lo antipática —remachó con un silbido.

Con el tiempo el amole creció y creció, pero no tanto como su pariente el maguey del altiplano, sino que siguió enana, gris verdosa y con hojas picudas y enhiestas como espadas enmohecidas.

Nadie, empero se fijó en ella en todos esos meses y sólo cuando empezó a echar un tallo largo desde el fondo de su corazón hasta arriba, el Gavilán Pollero del cactus hueco se dio una vueltecita por ahí para verla y saborearse.

—¡Qué bonito quiote! —exclamó—. Y más bonito se va a poner cuando se llene de flores amarillas.

Pero hay animalitos que no tienen nada que hacer en la vida más que buscar los defectos ajenos y al ver salir el cogollo verdecito y amarillo a la vez, se enfadaron.

—¿Para qué echar un tallo tan largo? —refunfuñó

la verde Cuiji de seda—. Medio metro está bien para una planta tan fea, pero ¡tres metros!

Y el tallo seguía crece y crece.

—¡Cuatro metros! —se asustó el Metoro Dientemellado—. ¿No querrá desgarrar las nubes con la punta?

—¡Ay! —graznó el Zanate Prieto, que era el más tonto de las cuatro comadres chismosas— ¡que va a perforar el cielo!

Y cuando el tallo dejó de crecer tan alto, la Ojona culebra de agua tenía ya una teoría al respecto.

—Lo que pasa —dijo es que quiere estar más arriba de todos para vernos chiquitos e insignificantes.

Sólo el Gavilán Pollero del Cactus hueco miraba con gusto los progresos de la planta. Volando casi desde las nubes, su sombra al cruzar por el páramo se proyectaba como la de un avión chiquitito.

—¡Qué bonitos botones amarillos! —se relamía de gusto al ver cómo brotaban veinte mil botoncitos en flor en el quiote tan largo—. Y más bonitos se van a poner cuando se llenen de huichichiquis.

Nadie preguntó al Gavilán Pollero del Cactus hueco qué eran los huichichiquis, porque al llenarse de botoncitos el tallo era más que un simple tallo, un jardincito, y eso, sencillamente era ponerse más verde la verde Cuiji de seda, más blancuzco el Metoro Dientemellado, más cambujo el Zanate Prieto y más ojona la Ojona culebra de agua de la pura envidia.

—¿Y ahora qué se trae? —exclamó la verde Cuiji de seda— ¿Por qué se pone a echar tantas flores amarillas?

—¿No querrá resplandecer como el Sol? —chilló el Metoro Dientemellado que odiaba la luz del día.

—Quiere deslumbrarnos —asintieron a coro el Zanate Prieto y la Ojona culebra de agua.

Sólo el Torito Pinto del cuerno quebrado, que pasaba casualmente por ahí preguntó al Gavilán qué eran esos huichichiquis y el Gavilán se saboreó para decir.

—Un bocado delicioso. . . uno solo, nada más: con plumitas y pico y un collar de rubí.

Un día, por fin, las florecitas amarillas, cargadas de néctar y polen, empezaron a abrirse. Primero las más altas y grandes, una por una, en perfecto orden, alineadas por la izquierda.

—Ignórenla —propuso la Ojona culebra de agua metiéndose entre las hierbas acuáticas.

Cada cual se metió en su madriguera y sólo la verde Cuiji de seda se quedó sobre una piedra musgosa en la que gustaba asolearse panza arriba, mirando de reojo disimuladamente los ramilletes de flores. Y el mismo día que empezaron a reventar los botones, apareció el primer huichichiqui.

Era un plumón nuevecito, con el cuello de rubí y las alitas tan chiquitas batiéndolas aprisa, aprisa, sin descanso.

La verde Cuiji de seda, fue la primera que lo vio y desde la piedra musgosa, se quedó mira y que te mira, ora con un ojo, ora con el otro, ora con los dos, sin alcanzar a distinguir con claridad qué eran aquellas plumitas, porque el Sol le tocaba de frente. Sin embargo, esgrimió su afilada lengüecilla para decir:

—¡Es el colmo de los colmos: ahora se ha puesto a echar flores de plumas!

Nadie le escuchó, porque en lo alto de la piedra su vocecita, delgada como el hilo de una araña y punzante como una espina de nopal, era un suspirito que se desvanecía en el aire. Mas como a la verde Cuiji de seda le gustaba mucho hablar y hablar y que todos la oyeran, saltó al suelo y corrió de mata en mata, de piedra en piedra y de rama en rama de los árboles, para contar a todo el mundo los excesos de la planta.

—Es increíble —le respondía el Metoro Diente-mellado en la sombra de su madriguera—. Si su jícama no fuese dañosa, se la roía toda —añadía acordándose de lo mal que se puso del estómago cuando hincó los dientes en el tallo de la planta.

—¿Flores de plumas? —graznaba el Zanate Prieto— ¿A dónde piensa llegar?

—Pues a mí me parece que esta vez ha llegado demasiado lejos —silbaba la Ojona culebra de agua—. Si fuera una rana. . . ¡paf! me la engullía entera.

—Claro está —se alejaba cautelosa la verde Cuiji de seda.

Y en su rincón todos los animalitos se quedaban murmurando en contra de la planta presuntuosa.

Sólo el Torito Pinto del cuerno quebrado, sintió curiosidad por conocer aquel prodigio de flores y se acercó por ahí a verlo con sus propios ojos.

—¡Qué bichos tan raros! —exclamó al llegar ante la planta.

Lo dijo quedo, como corresponde a un animal bien educado, pero alguien le escuchó.

—Güiri-güiri-güiri —respondió el Lorito medio dormido y medio despierto.

El Lorito se hallaba dormitando en el fondo de su nido a esas horas (con el solecito aquel tan caliente sólo la verde Cuiji de seda podía andar de un lado para el otro, con el chisme en los labios, tan campante y como si nada). Sólo que el Lorito iba siempre a donde iba el Torito Pinto, quisiera o no quisiera, porque, han de saber, si no lo saben, que vivía nada menos que en el cuerno quebrado del toro, y como no acababa de emplumar ni podía volar, el Torito Pinto lo llevaba de un lado a otro sin tomar muchas veces el parecer del loro.

Así que el güiri-güiri-güiri del Lorito llegó a su vez a los oídos del toro. Al saber despierto a su compañero, dijo:

—Sal, hermano, a ver si tú puedes decirme qué es lo que ven mis ojos, porque tanto se mueven que no sé si son unos moscardones con plumas o unos carpinteros enanos, o si la verde Cuiji de seda tiene razón y no son sino flores de plumas, ramilletes de flores con alas.

Curioso, el Lorito asomó la cabeza calva y, sorprendido por el dorado resplandor de 20 mil florecitas amarillas, tuvo que cerrar los ojos un momentito. Se restregó la vista con un ala y se fijó bien en las preciosas avecillas gorgirrubíes que, por docenas, bordoneaban incansables de flor en flor.

—No sé qué ven tus ojos —dijo al fin— pero puedo decirte, si quieres, lo que ven los míos: varias docenas de pajarillos como los que el Gavilán Pollero del Cactus hueco dice se llaman "huichichiquis".

—¡Huichichiquis! —mugió el Torito Pinto.

Y al escuchar su nombre los chupaflores hicieron a los dos amigos una graciosa caravana.

Cuando la verde Cuiji de seda se enteró que los huichichiquis de cuello de rubí venían de lejanos países, no ocultó el coraje que sentía por la planta y corrió de piedra en piedra, de mata en mata y de rama en rama de los árboles para contar la historia.

—Los mandó traer a propósito —decía de remate—, para poder presumir de sus amistades.

Y cuando terminaba de contar los chismes de la mañana, se devolvía a su piedra musgosa y ahí se quedaba en espera de que se le ocurriese uno nuevo o pasara algo interesante frente a sus ojos, siempre de lejecitos, presta a escurrirse al menor síntoma de peligro.

En cambio, Lorito se había aproximado a los huichichiquis y trabado amistad con algunos de ellos y todos los días practicaba voces extranjeras con Topacio Chalchihuite y Lapizlázuli Socoyote, los pajaritos más jóvenes y hermosos de todos.

¡Ay!, pero de pronto una nube oscura, como la sombra de un avión chiquito, pasó sobre sus cabezas y Lorito se acordó del Gavilán, de lo voraz y cruel que era, de su mirada asesina y su filoso pico. ¡Ay, ay!, con lo que se saboreaba. Ahora, Lorito no viviría tranquilo pensando en el inmenso peligro que amenazaba a sus queridos amigos. ¡Ay, ay, ay!

Un día, sin embargo, llegaron unos hombres. Lorito no pudo saber cómo eran porque esa mañana el Torito Pinto se puso a embestir un tendedero de ropa que encontraron en el camino y se les hizo tarde para

llegar a su cita con Topacio Chalchihuite y Lapislázuli Socoyote, y todo lo supieron, como era de suponer, por la verde Cuiji de seda que lo vio todo. Ocurrió que los hombres que llegaron se pusieron a examinar el quiote del amole y acabaron por cortarlo de la planta. Luego, entre dos de los hombres se lo llevaron cargando por el camino que se dibuja fuera del valle.

Los hombres caminaban seguidos por una multitud de chupaflores, que continuaron picoteando aquel jardín maravilloso. Se perdieron de vista porque se fueron haciendo chiquitos en la distancia hasta desaparecer. ¿Lograrían entender las avecillas que no podían hacer ya nada por recuperar su precioso tallo floral? Lorito no lo podía saber, pero como quiera que fuese sabía que, para encontrar otro tallo igual, tendrían que volar varios kilómetros a la redonda.

—Quizás allá —murmuró para sus adentros—, no los encuentre el Gavilán.

—Eso tenía que pasar un día —comentaba la verde Cuiji de seda mientras Lorito seguía pensando en sus amigos—: al fin alguien se cansó del exhibicionismo sin objeto de esa planta y cortaron por lo sano con su altivez desmesurada. Castrada, reducida a su estatura normal, el amole es un agave de lo más corriente que pueda haber, ¿no les parece?

Pensando todo el tiempo en Topacio Chalchihuite y Lapislázuli Socoyote, el Lorito pasó por alto la tragedia de la planta, y no fue sino días después, cuando el Torito Pinto volvió por allá y la encontraron secándose tristemente, sin pronunciar una queja, que el Lorito se compadeció del agave.

—No te seques, plantita —le dijo el Torito Pinto.

—Vamos—

Pió Lorito deseando que no fuese demasiado tarde—:

—Tienes que retoñar de nuevo, echar otro tallo que atraviese las nubes del cielo.

—Ajá —apoyó el toro—. Un tallo cargado de flores amarillas, y si quieres rojas y azules, nadie se enojará por eso, porque si se enoja le embisto y agarro de topes hasta que se le quite lo bravo.

—Puedes tener las flores que quieras y cuando se abran también puedes invitar a todos los huichichiquis del mundo si te place...

Pero por más que trataron de animarlo, el am'olè se siguió secando y secando.

No había nada que hacer, descubrió Lorito y ese descubrimiento fue como punzarse adentro del pecho con una espina tan larga y afilada como la lengua de la verde Cuiji de seda.

¡Qué triste pasó los días Lorito con su pena nueva!

Las plumas cubrieron de verde amarillento su cabecita, pero él no quería ni asomarse a picar las ciruelas coloradotas que colgaban de las ramas, bajo las cuales se ponía el Torito Pinto, para que probase lo buenas que estaban.

Apenas sacaba la cabeza del nido, en el cuerno quebrado del toro y eso porque su hermano le obligaba a hacer sus ejercicios matinales. Hasta que un día apareció de verde Cuiji de seda para contarles al oído las nuevas que había; entonces no sólo asomó la cabeza, sino que salió todo entero, dio unos saltitos sobre el lomo del toro y, tras de unos aletazos, cayó al suelo en donde se revolcó de alegría.

—Claro está —observaba la escena sin comprender nada la verde Cuiji de seda—, es como para volverse loco: si no soportábamos la presunción de una planta, ¿qué será ahora que han empezado a crecer cuatro de ellas...?

—Nada será —mugió el toro sobre la cara de la chismosa—. Si no se meten con ellas todo estará en paz, ¿entiendes?

La lagartija entendió, porque corrió toda asustoda asustada a meterse en su madriguera del tecorral y no salió en ocho días de ahí.

Mientras, el Torito Pinto, con su inseparable compañero reinstalado en su nido, fue al páramo más árido del valle. Allí, bajo las pencas secas del agave, pegadas al tallo seco, se abrían paso cuatro pequeñas plantas idénticas a la planta aquella cuando apareció la primera vez, excepto en que ellas tenían sus raicitas bien metidas en la tierra y firmes resistían los intentos del viento para hacerlas rodar lejos.

Lorito no estaba para saber que los agaves tienen la particularidad de criar retoños o renuevos que brotan de sus raíces y crecen comprimidas bajo el metzontete de la planta madre. Sabía una cosa: que los retoños iban a ser verde cenizos, de hojas delgadas y enhiestas, feuchos, agrios de jícama, mudos, pero que un día, desde el fondo del corazón, de donde brotan todas las buenas del corazón, de donde brotan todas la cosas buenas, empezarían a echar un vástago tan alto tan alto que podrían atorarse en él algunas nubecillas distraídas. Y entonces sería el tiempo de volver los huichichiquis al jardín maravilloso de florecitas amarillas, aunque, como decía el Torito Pinto, su

hermano y compañero, bien podrían ser rojas, azules o varias pintas, si querían; nadie se iba a enojar por eso.

# MAQUECH

La noche de los escarabajos es la noche más negra de todas las noches. Sin embargo, en tan extraordinaria oscuridad, se ven brillar estrellas rojas y azules, estrellas blancas y amarillas. . . Zinaan ek, las estrellas del Escorpión, brillan en el negro terciopelo del cielo; brillan Ah ek, las estrellas de la Tortuga; brilla la blanca estrella del Norte, Chac noh ek; brilla, entre tanto sereno brillar, la roja estrella guiadora, Chicum ek. . .

La noche de los escarabajos es también la noche de Balam, el jaguar, de Tzimín, el tapir, de Cabcoh, la martucha melera, y de Pech, la garrapata; es la noche de las noches y noche de reunión solemne de los cuatro animales. Es la noche de Maquech en la cual se reúne el Consejo para examinar al pequeño escarabajo y conferirle las insignias del trono: la real



corona de estrellas rojas y azules, el manto de terciopelo negro cuajado de estrellas de todos colores, el cetro real ornado de estrellas blancas y amarillas. Se reúnen desde tiempos inmemoriales para probar que Maquech es realmente hijo de reyes y no un escarabajo común. Si es verdad que desciende de Halach Uiniques, Jefes, de Ahaues, Señores Principales, realmente ha de probar que entiende el lenguaje secreto de Zuyúa.

Es el lenguaje de Zuyúa el habla oculta, de doble significado, de los antiguos. Quien lo sabe puede aspirar a vestir el manto de terciopelo negro cuajado de estrellas. Quien pasa las pruebas de Balam, el jaguar, de Tzimín, el tapir, de Cabcoh, la martucha melera, y de Pech, la garrapata, puede ornar su cabeza con la corona de estrellas rojas y azules y blandir el cetro real y sentarse en el trono y ser proclamado verdadero príncipe iniciado.

Maquech en la negra noche de los escarabajos, espera tranquilo que Balam, el jaguar, rompa el silencio nocturno con su ronca voz. Y cuando esto ocurre, la selva entera tiembla ante el severo rugido de advertencia:

—Aplastaremos con las garras al impostor. . . Mas rendiremos honores al verdadero Halach Uinic, Jefe, al Ahau, Señor Principal, al príncipe de los insectos. . .

—Así sea. . . —respondieron Pech, la garrapata, Cabcoh, la martucha melera y Tzimín, el Tapir.

Después la pequeña garrapata toma la palabra e inicia el interrogatorio.

—Hijo mío, si eres Halach Uinic, Jefe, si eres

poderoso príncipe —le dice —busca los agujeros por donde gritan las cañas. Si los encuentras, entonces dime, ¿a quién le rascan las costillas y está dando gritos?

—Madre Pech, ama, los agujeros por donde gritan las cañas son los agujeros de la flauta —contesta Maquech— y es el hueso que se usa en los areitos por sonajas, el que está dando gritos cuando le rascan las costillas.

Can Ek, la estrella de la Serpiente, se apaga en la noche y Cabcoh, la martucha melera toma la palabra:

—Dime hijo, si en verdad eres de la raza de los Halach Uiniques, Jefes, ¿a dónde tengo que ir para encontrar una piedra almagrada que va saltando? Por ventura, ¿podría encontrar una camisa muy apretada?

—Madre Cabcoh, ama, no has de ir a ninguna parte: si te rascas el lomo encontrarás una pulga, cual piedra teñida de almagre. La camisa muy apretada es el fruto del tomate, que tiene el cuero muy justo y pegado a sí.

—Si eres de la raza de los Ahaues, Señores Principales de esta tierra —dice Tzimín, el tapir—, dime, ¿cómo puede ser que entramos por tres partes y salimos por una?

—Oh, padre Tzimín, en la camisa entramos por tres partes a la vez y salimos por una sola.

—Cierto es —admitió Tzimín, mientras en el cielo desaparecía una estrella color granate—: Tal es el habla de Zuyúa. Dime ahora, ¿dónde he de hallar una doncella de blancas y relucientes pantorrillas? Quiero alzarle su enagua hasta los muslos. . .

—Apresúrate, oh padre Tzimín, a tomarla en los

sembradíos que los hombres han hecho en los linderos del bosque: la doncella de blancas y relucientes pantorrillas es la jícama; alzarle la enagua hasta los muslos, es quitarle la cáscara. . .

—Así es —admitió Tzimín, el tapir, mientras Tzb Ek, las estrellas de los cascabeles, caían en el horizonte.

—Dime, si es verdad que eres príncipe de antiguo linaje —preguntó Balam, el jaguar— ¿cuál es la casa del tigre llena toda ella en su interior de rodelas, de escudos guerreros?

—Padre Balam, amo, la casa del tigre es el chile que empieza a ponerse colorado, el cual está lleno de semillas a la manera y figura de pequeños escudos. . .

—Cierto es —reconoce el jaguar—, pero dime ¿dónde puedo encontrar un negrillo que va escribiendo con vidriado?

—Lo encontrarás, oh padre Balam, amo, en el tronco húmedo y podrido, ya que se trata del caracolillo negro que cuando va andando deja el camino vidriado con unas babitas. . .

En la negra noche de los escarabajos, Maquech responde uno a uno los acertijos de Balam, el jaguar, de Tzimín, el tapir, de Cabcoh, la martucha melera, y de Pech, la garrapata. . . Docenas de extrañas adivinanzas en el antiguo y secreto lenguaje de Zuyúa.

Cuando responde a la última pregunta, el cielo se ha quedado sin estrellas, porque una a una han pasado al manto de terciopelo negro, a la corona real y al cetro que engalanarán a Maquech, el verdadero príncipe de antiguo linaje. . .

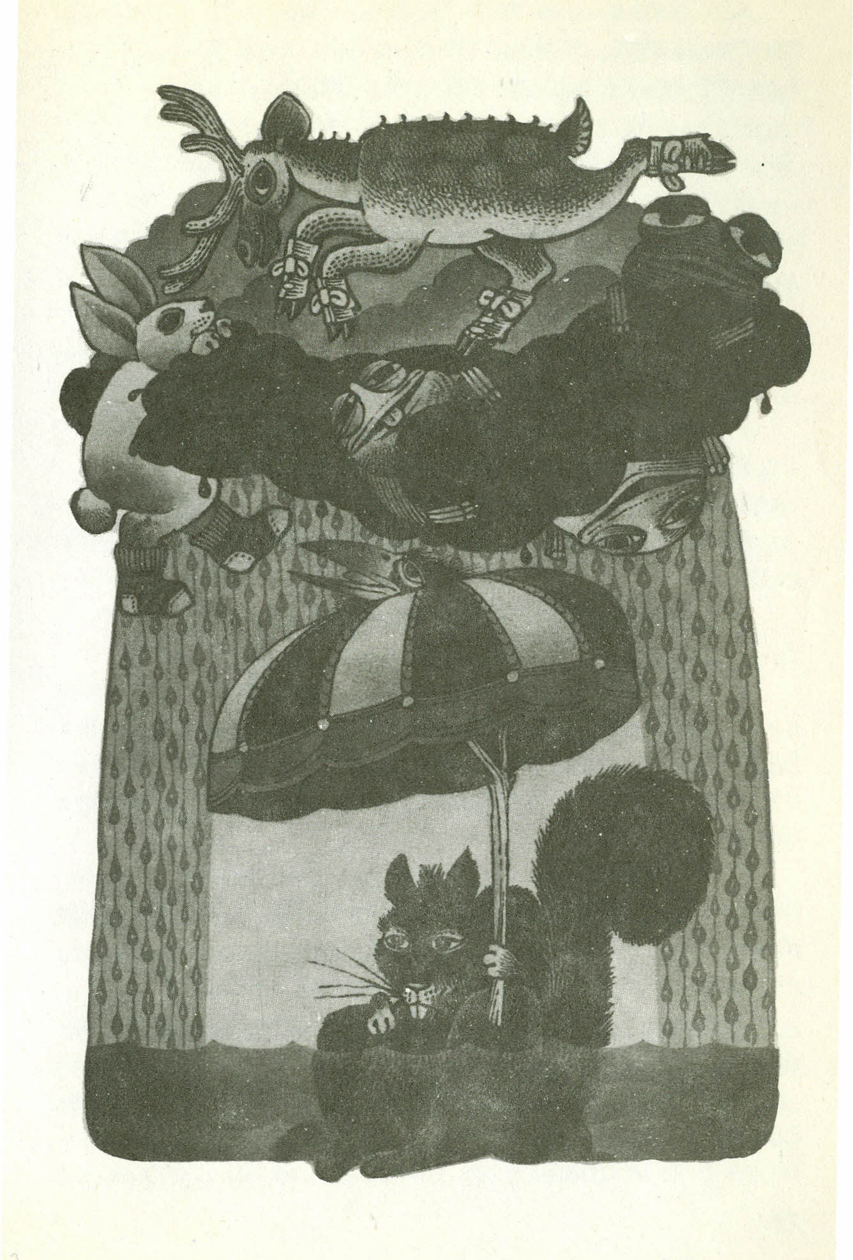
Si alguna vez recibes como amuleto protector a Maquech, joya viviente, recubierta de zafiros y rubíes y turquesas y diamantes y rara pedrería fina, que en realidad no son sino estrellas bajadas del cielo en la noche más oscura de las noches, trátalo con respetuoso afecto. Recuerda: es el verdadero príncipe de antiguo linaje, un Halach Uinic, un Ahau, el legítimo heredero del trono. . .

# CHIPAWIKI
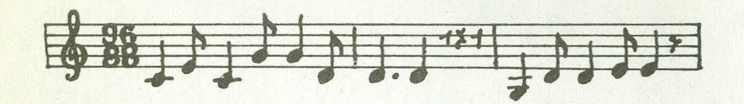
Chipawiki, la ardilla oscura de tierra, tiene su chinancal entre las rocas al pie de un montecito. Rara vez sube a los árboles y es improbable que se encuentre alguna vez con el pitorreal, el carpintero gigante, que tamborilea con su fuerte pico los troncos de los árboles, para pedirle que toque otra clase de música. Los picotazos del pitorreal son rítmicos y resuenan por todo el bosque de encinos de suerte que el vencejo baila rutuburi durante el día y yumari por la noche, al son que marca el tambor. Sin embargo, a Chipawiki no le causan gracia las danzas que hacen llover porque, cada vez que cae agua del cielo, ¡sopas!, sin falta se inunda su vivienda.

El agua está cerca,

La neblina está sobre la montaña y sobre la meseta. . .



Así cantan mientras bailan la danza del rutuburi cuyos sones antiquísimos están impregnados de extraño encanto. Y así silba el vencejo:



El azulejado canta y revolotea en los árboles y
El carpintero macho va llegando al llano
Donde la nube se va alzando.
El vencejo hace sus movimientos en el aire de la tarde;
El agua está al alcance de la mano.

En efecto, Chipawiki mira preocupada cómo el vencejo se lanza con rapidez en el aire y silba y zumba. Mira a la ardilla azul subir al árbol y chiflar mientras el guajolote hace la rueda y el águila grita. Ya vienen las aguas.

Sólo Chipawiki no participa del alegre mitote. Piensa que la danza es una calamidad, ¿cómo podría interrumpir el rutuburi e impedir que una vez más su chinacal sea anegado por las fuertes lluvias?

¿Cómo, cómo, cómo? Un día tuvo una idea salvadora:

—Invitaré a los animalitos a tomar té de hierbabuena desde el mediodía. . . Todos estarán entretenidos con la charla y se olvidarán de su tonto bailar.

las danzas que traen las lluvias.

Así fue como Chipawiki, la ardilla oscura de tierra, invitó al pájaro carpintero y al vencejo, a la ardilla azul y al guajolote a tomar té de hierbabuena en su chinancal. Los mandó buscar con una hormiga. Tenía una rica despensa de frutas y semillas y ninguno de los invitados se hizo del rogar. Todas las mañanas, apenas el sol calentaba un poco, veían a Chipawiki sacar las exquisitas viandas de su madriguera inundada. Una vez secos los frutos y semillas, Chipawiki los devolvía a su chinancal. Para el mediodía, la madriguera ya había desaguado y estaba del todo seca.

—Hermanos— dijo llevándoles a una terraza pedregosa— mientras tomamos té, podemos cascar nueces de castilla y escuchar una historia que nos cuente el hermano Carpintero. . .

—¡Qué buena idea! —exclamó el vencejo.

—Pero si yo soy un mal narrador. . .— graznó el pitorreal.

—Anda no te hagas del rogar. . .— insistieron.

—Está bien: ahí les va la historia de

## Cómo el Tío Conejo Perdió las Pezuñas

El tío conejo tenía antiguamente pezuñas, como los venados, y el venado tenía uñas, como los conejos —empezó a contar el pájaro Carpintero—. Se encontraron una vez en el camino y se saludaron como buenos cuates.

—Oye amigo— dijo el venado— préstame tus cacles para ver cómo me quedan. Sólo por un momento.

El conejo que tenía miedo de que el venado se los cogiera, primero no quería, pero consintió al fin; y el venado, luego que se los puso, se paró y comenzó a bailar así:



—Oh, qué bonito suenan—dijo.

Dio vueltas y se puso a bailar mitote y a cantar una canción nueva del todo. El conejo estaba sentado mirándolo, muy afligido y temeroso de que el venado no le devolviera sus sandalias. El venado le pidió permiso de dar cinco vueltas sobre las montañas. El conejo le dijo que no, pero el venado se fue prometiéndole que pronto volvería. Regresó cuatro veces, pero a la quinta ya no volvió.

El conejo trepó a la montaña y vio al venado ya muy lejos; lo quiso seguir, pero no pudo, porque estaba con los pies descalzos. El venado nunca devolvió las pezuñas al conejo, quien sin ellas se ha quedado hasta ahora.

o

—¡Qué historia tan interesante!— exclamó cortés el guajolote.

—¡Y qué nueces tan ricas! —añadió la ardilla azul

dispuesta a despedirse—. Es una lástima que se hayan acabado.

—No te vayas, hermana —corrió Chipawiki al fondo de su madriguera—. Tengo la despensa llena de semillas de calabaza, de margaritas y de margaritones. . . Mientras comemos semillas y tomamos té, podemos escuchar una historia que nos cuente el hermano Guajolote.
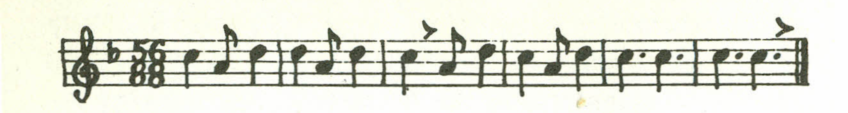
—¿Yo. . .? —gorgoreó el guajolote—. Pero si yo soy un mal narrador. . .

—No te hagas del rogar— intervino el pájaro carpintero.

—Está bien: ahí les va la historia de

## Cómo el Venado y el Sapo Jugaron Carreras

—Pues nada amigos, con sus cacles nuevos el venado se convirtió en un buen corredor y en un gran presumido —empezó a contar el Guajolote. Correteaba por todos los cerros y montañas resonando sus pasos al ritmo del yumari. Pasos cortos hacia adelante, pasos cortos hacia atrás, describiendo una curva alrededor del centro del mundo. . . Todo lo hacía con gracia, porque él fue el inventor de este baile, de sus pasos y de sus cantos; pero el yumari, a diferencia del rutuburi que inventó mi abuelo para acompañarse al hacer la rueda de sus plumas, es un ritmo que al final llega a fastidiar.



Y otra vez:



Los animales del campo no lo soportaban ya y se reunieron en Consejo con el fin de encontrar la forma de quitarle lo presumido al venado.

—Si jugamos apuestas con él y lo vencemos, se sentirá avergonzado. . . y quizás se le quite lo presumido. . . —acordaron después de una noche de discusión.

El cuervo, muy seguro de sí, invitó al venado a beber tesgüino, pero al segundo trago, el cuervo estaba mareado y el venado seguía bailando como si nada.

Entonces, la zorra lo retó a jugar rixihuátali; pero el venado era diestro en arrojar los discos de piedra y "mató" todas las piezas de su contrincante desde el primer tiro.

El gallo no tuvo mayor suerte jugando con esos huesecillos que sirven de dados, el juego de la taba.

Una vez más salió triunfador el venado. Y cada triunfo le envanecía y le daba motivos para inventar otro paso de baile: Pero siempre con la misma tonadita:



Un día el sapo le retó a unas carreras. El venado aceptó gustoso y colocaron una piedra para que sirviera de meta.

El sapo fue a buscar otros muchos sapos y los colocó trecho en trecho de la pista. Cuando llegó el venado a la meta, el sapo, que ya estaba sentado sobre la piedra, le dijo:

—Hermano venado, perdiste.

El venado se fue cabizbajo y triste a un escondite de la montaña.

Pasó una semana y aún seguía triste y no podía comprender cómo es que había perdido la carrera. Un día bajó al llano y buscó al sapo.

—Dime hermano sapo, ¿cómo podría yo correr tan rápido como tú?

—Es el secreto de todos los secretos del mundo —repuso el sapo—, pero te lo voy a pasar porque me eres simpático. . . Cierra los ojos y espera un segundo.

Cuando el venado cerró los ojos, el sapo buscó a los tábanos y les dijo muy quedo:

—Vayan a picarle al venado para que corra más de prisa. Si le dan muchos piquetes, nunca me los comeré a ustedes.

Los tábanos fueron de muy buena gana a picar al venado.

—Este es mi secreto —dijo el sapo al venado cuando le cayeron encima los tábanos— Ahora es tuyo. . . Anda, corre, creo que ni yo podré alcanzarte.

El venado salió volando perseguido por los tábanos. Desde entonces han continuado picándole y no ha vuelto a perder una sola carrera.

o

—¡Qué historia tan interesante! —exclamó cortés el pájaro carpintero.

—Y qué semillas tan deliciosas —añadió el vencejo dispuesto a despedirse—. Es una lástima que esté empezando a llover. . .

—No es posible —exclamó Chipawiki—. Si hoy nadie ha bailado el rutuburi.

—¡Goro gorigoro! —exclamó el guajolote y salió aleteando tras el vencejo que había emprendido el vuelo.

El carpintero también echó a volar y la ardilla azul corrió a su árbol.

—Pero si nadie bailó hoy la danza de la lluvia —repetía Chipawiki. Esa tarde volvióse a inundar el chinancal de la ardilla oscura de tierra. Ella misma se mojó de pies a cabeza y pescó un constipado. El único consuelo suyo fue que a la mañana siguiente, no tuvo que sacar la despensa empapada a secarse a

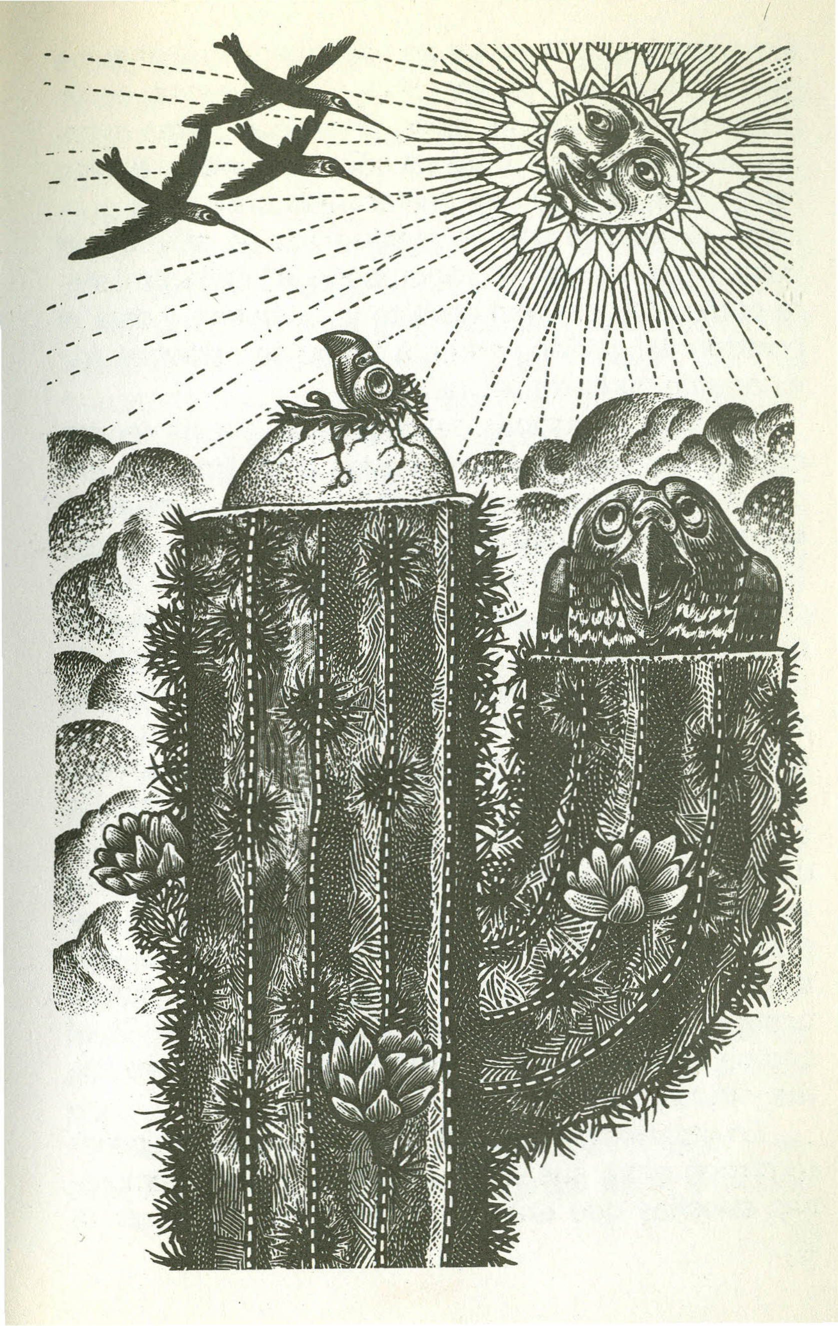
los rayos del sol, ya que los frutos y semillas se acabaron en el convite que ofreció.

Antes de mudar su vivienda a otro sitio Chipawiki, bebió tesgüino y bailó el yumari mientras silbaba esta melodía:



# CACTUS

Desde el interior del cactus gigante, en donde el gavilán pollero construyó su nido, el mundo parece un círculo de espinas. Azul de cielo con jirones blancuzcos de día y negro cuajado de puntitos brillantes por la noche; o bien azul desteñido por un solecito que deslumbra con sus púas de luz, y negro no muy negro con una luna como tuna chaveña, que no es roja ni plateada, sino amarillenta. . . Pero siempre siempre, una u otra visión desde el fondo del cactus hueco, está circundada por terribles espinas. ¿Por qué extrañarse de que los pichones acaben por pensar que la vida es dura y difícil y hostil y peligrosa. . .? Luego, cuando asomen al exterior, descubrirán que las espinas no son del mundo sino de una humilde planta, pero ya será tarde: las primeras impresiones de la infancia son más fuertes que todas las demás



experiencias de la vida y no habrá nada que endulce el carácter de los gavilancillos. Con el tiempo serán terribles carniceros de filoso pico y sus garras echarán espinas curvas. Pero no sólo las garras y el pico recordarán la espinosa primera edad: los ojos punzarán el espacio con un agudo mirar de alfileres, el vuelo veloz rasgará los vapores ténues de la atmósfera como si lo hicieran navajas y. . . bueno, hasta el corazón del gavilán parecerá hecho de pedernal, fría y cortante punta de flecha.

La culpa no es toda del cactus; las espinas no las crió para agriar el carácter de los animalitos que encuentran abrigo entre sus ramas, sino que echó púas largas y puntiagudas para protegerse de los voraces comedores de hierba que todo lo devoran en tiempo de secas. Sin esas defensas, los cacti hubieran sido devorados hasta las raíces y el broncíneo desierto hubiese perdido su mayor belleza y alegría. Ah, porque el cactus no es sólo espinas, tiene su lado amable. En primavera se cubre de hermosos capullos que son la fiesta de los comelones de néctar. En otoño, las flores se han transformado en frutos deliciosos. Encerrados en una resistente envoltura (a veces lisa y otras espinosa) cuando alcanzan la madurez estallan hinchados de dulce y perfumes. Entonces es el tiempo de los pájaros, la hora de comer hasta el hastío y llevarse las semillas lejos. . . Sí: el cactus tiene para sus enemigos, espinas; ¡pero flores y frutos para sus amigos!

En otro tiempo, el cactus hueco del gavilán pollero arropó entre sus brazos el nido de unas primorosas avecitas que eran como espinitas con alas: la

banda de huichichiquis de Huehue Sol-re-do, el venerable chuparrosa cuello de rubí. Fueron los días más felices para el cactus gigante, porque fue la época en que florecieron las flores más hermosas que jamás había dado y, además, fue el tiempo de los frutos más fragantes y dulces que se han conocido en el desierto. Yo me he tratado de explicar esto de la siguiente manera: los pequeños chuparrosas se sustentaban con la miel de flores y frutos mientras bordoneaban una canción que iba más o menos así: "bzzzbzzzzz bzummmm bzzzzbzzzz bzummmmmm".

Es probable que tan bella melodía tuviera sus efectos sobre el desarrollo de la planta haciéndola florecer en capullos de ambrosía. De igual forma, puede ser que la belleza y dulzura de la planta influyera en la crianza de los pequeños pajaritos, pues no había en el mundo criaturas más dulces y delicadas que los primorosos huichichiquis de Huehue Sol-re-do.

En aquellos tiempos el gavilán pollero vivía en una región muy alejada. Era a su modo igualmente feliz en las ramas de un añoso mezquite. No le importaba el aspecto de la planta sino los campos de caza y el cielo sin límites de que gozaba. . . Un día, pasó volando sobre el desierto y descubrió desde tan alto el nido de los huichichiquis y nada más de ver a Sol-la-si Macuilxóchitl, la más encantadora de las pequeñas avecitas, se le hizo agua la boca del antojo y se propuso cazar a tan tiernos pajaritos.

Cada chupaflor serviría sólo para un bocado, pero ¡qué bocado!, pensaba y pensando en lo delicioso

que estaría Sol-la-si Macuilxóchitl se lanzó como un proyectil en contra del nido.

¡Zzzzzuuumm. . .! iba en picada el gavilán pollero.

Para su mala fortuna tenía los pensamientos demasiado ocupados en imaginerías culinarias y no pensó, ni mucho ni poco, en las espinas del cactus gigante. Por ello es que la primorosa tribu de chupaflores escapó indemne del primer ataque del gavilán: las terribles espinas de la planta contuvieron la feroz embestida, al chocar las alas del agresor contra las ramas erizadas de púas.

Herido, el gavilán pollero se derrumbó al suelo chillando de rabia y dolor. Trató de remontar el vuelo, pero sus aletazos furiosos sólo levantaron una nube de arena. Cuando recobró la compostura, buscó meditabundo la sombra del gigantesco cactus. Tenía un ala herida, mas si guardaba absoluto reposo podría sanar en corto tiempo. . .

Esto era tan claro que Huehue Sol-re-do ordenó a su pequeña banda dejar el nido y emprender un largo pero largo viaje a la búsqueda de un nuevo hogar, a salvo del gavilán.

En el nuevo nido, Sol-la-si Maculxóchitl creció algo así como dos milímetros más y se convirtió en adulto. Llegaron al nido crías pequeñísimas una y otra vez y la alegre banda de chupaflores se hizo tan numerosa que a la distancia podía creerse que el conjunto de pequeños nidos era un panal de inquietas abejas. Lo justo, desde dicho momento, sería hablar de la tribu de chupaflores y ya no de una simple banda.

Bordoneaban su hermosa canción en torno de un

grupo de agaves en flor y seguían siendo los pajaritos más dulces y delicados del mundo. ¿Y cómo no si la vida de los huichichiquis es todo dulzura de flores silvestres desde que ven la primera luz?

Una vez que sanó el gavilán pollero, voló sobre el desierto y las tierras aledañas con el objeto de encontrar los tiernos bocados con alas, pero no pudo hallarlos. Entonces, con la esperanza de que los huichichiquis regresaran algún día a su antiguo hogar, instaló su casa en el cactus gigante. . . Y el tiempo pasó.

Los pequeños gavilanes hicieron su primer vuelo de prácticas. ¡Qué bien cortaban el aire con sus alas y cómo las batían con vigor para cobrar altura y vencer las corrientes de aire! ¡Qué poder había en aquellos pajarracos gemelos! ¡Con qué elegancia planeaban en las alturas! ¡Qué magníficos cazadores serían! Los padres orgullosos les seguían de cerca y dejábanles volar y volar. . . De pronto, allá abajo, en donde floreaban los agaves cenicientos, el gavilán pollero del cactus hueco tuvo una visión que lo transportó por un instante al Paraíso Terrenal: en torno del quiote del agave, recubierto de miles de florecitas doradas como solecito tempranero, bordoneaban su canción los huichichiquis de antaño. Reconoció a Sol-la-si Macuilxóchitl, un poco gorda es verdad para un chupaflor, pero, por lo mismo, más atractiva para un ave rapaz. También distinguió a Huehue Sol-redo, el patriarca de la tribu, y se sintió atraído por el tierno batir de alas de Do-re-mi Xocoyotzin, un pajarito que ensayaba sus primeros vuelos y que estaba, siempre desde el punto de vista del gavilán, como para chuparse los dedos. . .

—¡Espinas con alas!— graznó asustado uno de los cuates al descubrir el espectáculo que tenía a su padre boquiabierto.

—Tonto— respondió este—. Son el bocado más tierno al que puede aspirar un gavilán.

—Las espinas de cactus, con alas o sin alas, son peligrosas —insistió el gavilancito.

Despectivo, el gavilán pollero dejó a su familia volando entre las nubes y se lanzó cabeza abajo contra la tribu de Huehue Sol-re-do.

Esta vez (acordándose del frustrado ataque, y porque su familia le observaba atentamente para tomar enseñanza de sus actos) puso todos los sentidos en lo que hacía y atacó por uno de los flancos, justo por la sección maternal.

Cayó sobre el nido donde dos pequeñísimos polluelos piaban con todos sus pulmones y abrían el pico en solicitud de alimento. Bah, no era eso lo que quería.

Huenue Sol-re-do pasó el susto de su vida cuando diose cuenta que el gavilán había burlado la vigilancia de los machos e invadido el área de cría. Pero recobró la calma al ver que el rapaz retrocedía, batiendo las alas en reversa; pero lo hizo para acometer contra Sol-la-si Macuilxóchitl, que acudía en ayuda de sus críos. El gavilán abrió el pico cuan grande era y estuvo a punto de engullir a la avecita de sus amores culinarios y, aunque falló en su intento, quedó buen rato con la boca abierta porque Sol-la-si Macuilxóchitl y otros pajaritos le cayeron encima con tanta furia que los picotazos le hicieron chillar como una gallina.

—¡Uf!—respiró aliviado Huehue Sol-re-do y refle-

xionó: — No hay peligro que amenace a sus crías que las madres no puedan afrontar victoriosas. . .

—Ay ay ay—el gavilán emprendió la retirada.

—Tienes razón— dijo uno de los gavilancitos a su hermano gemelo—: no son sino espinas con alas. . . ¡Huy!

Más avergonzado que adolorido, el gavilán pollero siguió de lejos el vuelo de su familia y no se reunió con ella sino en el nido hueco cuando ya el sol había desaparecido y estaba por volver a salir.

Ese año, el cactus gigante se llenó de hermosas flores blancas y de enormes frutos colorados que vinieron a alegrar el círculo azul que se mira desde el interior del nido. Y es que, con el tiempo, la planta cobró afecto a los gavilanes y se acostumbró a sus feroces silbidos y al aire violento de sus aletazos. Vio crecer con gusto muchas generaciones de gavilanes y comprobó satisfecha el profundo respeto inculcado a los más jóvenes hacia toda clase de espinas, con alas o sin alas, que hubiera en el mundo.

# POK A TOK
# El Juego de Pelota

Como que quiere llover y no llueve.

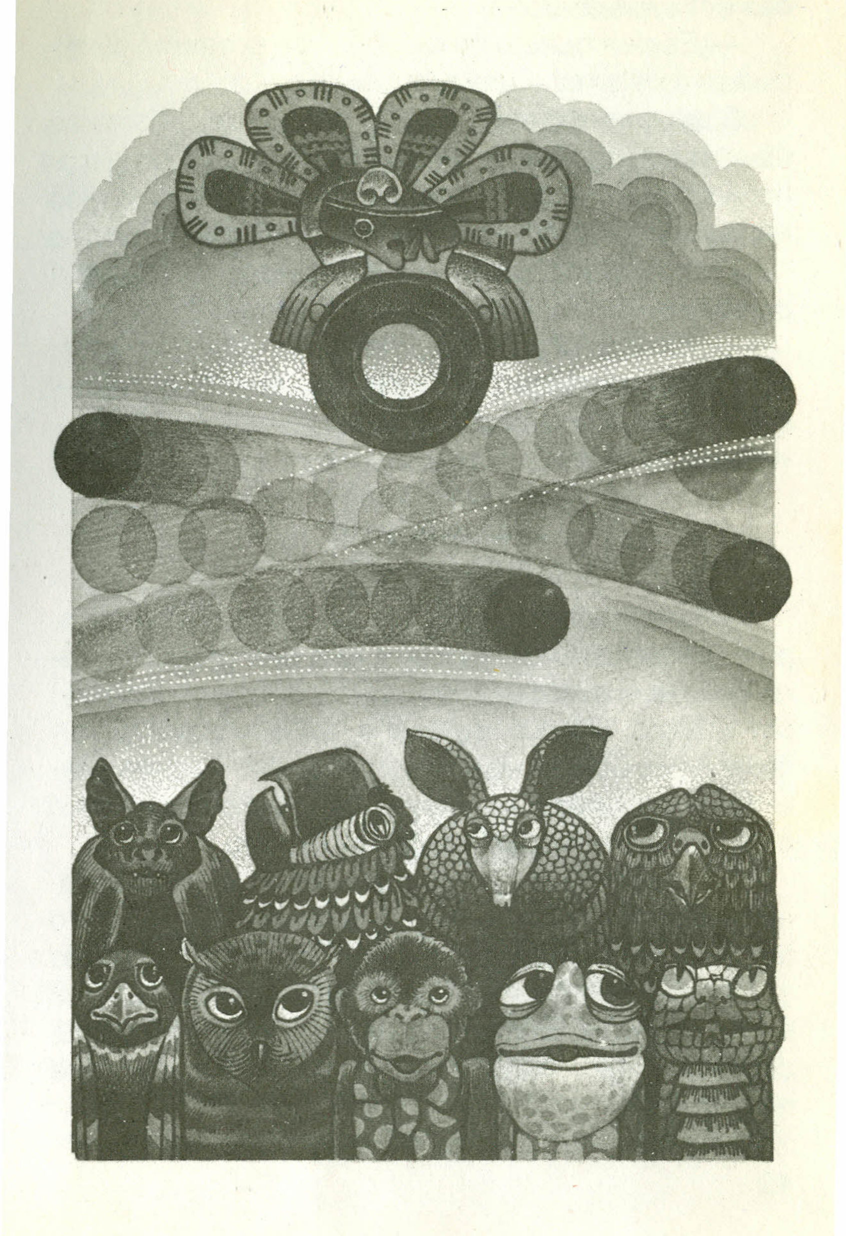
El cielo plomizo está muy bajo y algunas manchas de neblina corretean por el llano. Hubo un momento que parecía se rompería el cántaro, pero fue cosa de unas gotas de agua que tamborilearon sobre las ruinas y caminos de la selva.

—Pok a tok. . . pok a tok. . . pok a tok. . .

Nada más, porque las nubes siguen revolviéndose en los cielos, acumulando vapores cada vez más densos.

o

Tras el primer chaparrón, Pedro lq se escurrió fuera de la choza donde se sofocaba de calor y corrió por el sacbé recién lavado.



—Pok. . . Pok. . . Pok. . .— resonaban sus pisadas entre los charcos.

—¿Es de noche o es de día? —se preguntó sin alcanzar a vislumbrar una respuesta.

Claro que no era de noche, pero ¿puede llamarse día a esa oscuridad de zopilote viejo? ¿Cuál es la mañana en que nunca amanece? ¿Está señalada acaso en la rueda calendárica? Pedro Iq, con ocho años a cuestas, no podía saberlo y se repetía al ritmo de sus pisadas:

—¿Es de noche o es de día?

Inflado, con los ojos saltones, la voz grave, el sapo Tamazul croaba allá lejos.

—Pedro Iq, Pedro:

¿A dónde vas?
¿Para adelante?
¿O para atrás?

—Para adelante, creo. . . —repuso el chamaco, pero pensándolo bien no era esa una pregunta clara, porque él mismo no tenía idea a dónde se dirigía y, por lo tanto, si iba o regresaba, así que volvió a martillear en su cerebro al ritmo de su andar: —¿para adelante o para atrás?. . . —una y otra vez como un croa croa, hasta equivocarse y perder el paso.

Detúvose en medio de las ruinas. No vendría nadie a visitarlas con la tormenta amenazante. No; pero tampoco saldrían a jugar Iboy, el acorazado armadillo y Caquix la iridiscente guacamaya colorada, sus buenos amigos. Sólo Tamazul, trepado en el Templo del Dios Fuego, llamaba a las lluvias con su canto de meteorólogo.

—Cállate —le dijo Pedro Iq al llegar hasta él—.

¿Para qué quieres que llueva toda el agua del cielo? Después no podremos jugar porque andarás con el lomo lleno de huevecillos, sin poder moverte. . .

El sapo iba a responder que los juegos no son lo único que hay en la vida y que todo tiene su tiempo y lugar, pero se acordó de algo importante y dejó el aforismo para otra ocasión. Señaló por el lado poniente del templo. Allá abajo se distinguía el Juego de Pelota y en el juego de pelota unas figuras humanas.

—¿Quiénes son? —Pedro Iq inició el descenso del edificio por la parte contraria a la que había ascendido—. Tendré que pedirles paguen su boleto. . . ¡Y yo pensé que estaríamos solos!

Tamazul por todo comentario reinició la canción de Pedro Iq:

¿A dónde vas?
¿A dónde vas?
¿Para adelante?
¿O para atrás?

¿A dónde vas?
¿A dónde vas?
¿Para adelante?
¿O para atrás?

El niño ignoró a su amigo. La respuesta flotaba en el aire y era una extensión de los propios pensamientos del sapo: todo tiene su momento justo, inclusive el trabajo. En efecto, Pedro Iq tomaba muy en serio su papel de vigilante de las ruinas prehispánicas y hubiera dejado cualquier otra cosa a medias, hasta un

salto en paracaídas, con tal de cumplir oportunamente su deber.

El chacualeo entre las charcas se entremezcló de pronto con una música extraña de flauta y tambor, de sonajas y caracol. Silbaba el aire es cierto, las nubes chisporroteando eléctricas se revolvían formando una gigantesca culebra, alumbrada fúnebremente por el oculto sol, pero aún no se desataban los tres nudos de la tempestad y aquella música tenía una procedencia terrena.

Pedro lq echó a correr; lo que retumbaban por todas partes no eran sus pasos de niño. . .

—Pok a tok. . . pok a tok. . .

. . .Sino una pelota de hule macizo.

Los músicos habían dejado su lugar a los jugadores de pelota.

Sí; ante la vista incrédula del niño surgía un espectáculo deslumbrante en fastuosidad y colorido, como si una estampa de los libros de historia hubiera cobrado de pronto vida con sus antiguos personajes ataviados con capas de algodón finamente tejidos con plumas de vivos colores, ornados con penachos de plumas brillantes y pectorales de oro, con taparrabos espléndidamente bordados. . . Y entre estos personajes de cuento algo más fantástico todavía: los jugadores de pelota. Agiles como arañas, hermosos como los astros del cielo, dos jóvenes atletas peloteaban suavemente para entrar en calor. La pelota rebotaba en los muros de piedra con una lentitud pasmosa, pero un golpe maestro la impulsaba a la velocidad del rayo. . . ¡Y eran golpes de práctica! Vestían bragueros de cuero; cascos del mismo material ceñi-

dos a la negra cabellera. Lucían brazaletes y manoplas así como protectores de piel sobre los muslos y antebrazos. La tez desnuda, curtida y suave, llena de vida, resaltaba en los recios músculos, pero lo que más llamaba la atención sobre estos jugadores era el parecido asombroso entre sí. Eran gemelos.

Pedro Iq dejó su misión para otro momento más oportuno y pasó a ocupar un sitio sobre el alto muro de piedra donde se apreciaba mejor la cancha y se sentían vibrar en el cuerpo los golpes de la bola de hule macizo contra el frontón de piedra. Había muchos otros espectadores reunidos en el privilegiado lugar, todos ellos ataviados con galas ricas y extrañas. De pronto, Pedro Iq reconoció a la culebra Zaquicaz, al gavilán Vac, al pájaro Pujuyú, al mosquito Xab, al murciélago Camazotz, a los buhos Tucurú, al monito Coy, al ciempiés Ixtzul y a la comadreja Cux entre otros animales del bosque. También descubrió a Iboy, el armadillo acorazado, vestido como un gran señor y a Caquix la guacamaya colorada ataviada como una princesa maya quiché.

Junto a Caquix se acomodó Pedro Iq. Saludó a sus amigos un tanto cohibido y cuando volvió los ojos a la cancha, un grito trató de escapar de su garganta al encontrarse con los nuevos jugadores de pelota. Traían máscaras espantosas y sus cuerpos, en contraste con la lozana frescura de los gemelos, eran secos, deformes y amarillentos. Peloteaban para calentar los magros músculos y sólo entonces Pedro Iq comprendió que los gemelos y los Señores de las máscaras eran bandos contrarios. Instintivamente tomó partido por los muchachos. Los gemelos Hunah-

pú e Ixbalanqué eran tan hermosos como el sol y la luna, mientras que la fealdad de los Señores no tenía nombre o si lo tenía éste no se podría escribir con las letras del alfabeto.

Pero no sólo eran razones estéticas; allí, en la cancha de pelota, se jugaba el destino de la noche y el día, que es decir el destino de los seres vivos. Si ganaban los muchachos, el Sol y la Luna seguirían reinando en el cielo con la misma faz, hermosa y amable, que les conocemos. Si vencieran los 12 señores, las 12 plagas que representaban ocuparían unas el lugar del Sol y otras el lugar de la Luna. Nada más ver el cuerpo contrahecho del Señor de los Tullidos y el rostro deforme del Señor de los Abcesos, Pedro Iq deseó el triunfo de los gemelos, pero al saber lo que terminó de informar Tamazul, su húmedo y resbaloso amigo que llegó poco antes de comenzar la partida, se redobló la fuerza del deseo.

—Que brillen siempre el sol y la luna. . . — se dijo Pedro Iq con calor —Que el señor de la Muerte y el Señor de la Opresión se guarden para siempre en las regiones subterráneas.

Iboy, rozó con el hocico frío el brazo del niño.

—Todos lo deseamos —explicó el armadillo.

Sí, todos. Pero, las fuerzas del mal aún sobrevivían desde los lejanos tiempos de la Creación del mundo. Podría decirse que para ese juego se hallaban en su mejor forma físico atlética, porque, ay, el mal se fortalece con cosas que existen en harta abundancia sobre la tierra entre los hombres y los animales: guerras, injusticias, maldad. . . y la dosis de males modernos habían llenado de vigor a los Se-

ñores de las 12 Plagas. Su equipo parecía invencible y su capitán, el Señor de la Muerte, estaba seguro de la victoria.

Pedro lq tenía suerte de contarse entre los espectadores del juego, suerte de haber cruzado las fronteras de una desconocida dimensión. . .

La partida dio comienzo. El Señor Puros Huesos y el Señor de la Ictericia formaron pareja por parte de los 12 Señores y en su turno arrojaron la pelota contra el anillo de piedra de los muchachos.

—Pok. . .—golpeó muy abajo del anillo.

—. . .a tok. . .— rebotó con lentitud la pelota de hule—. Pok a tok. . .

Entonces Hunahpú salió a su encuentro y tirándose de lado golpeó con la cadera. Sólo aprovechó el vuelo de la pelota para imprimirle mayor velocidad y sorprender a sus rivales. El Señor de la Ictericia saltó a un lado para dejarla rebotar contra el muro opuesto y entonces tomarla de regreso, pero el Señor Puros Huesos no advirtió el movimiento de su compañero y recibió el tremendo golpe de la pelota en medio de la espalda. Soltó un chillido el desafortunado jugador y la pelota rebotó a la pared, todavía en juego. Ixbalanqué la recibió amortiguándole el salto de forma que al volver, en lugar de rebotar quedó "muerta" corriendo a ras del suelo. De todas formas, el Señor Puros Huesos se había desbaratado ante el golpe sufrido y sus huesos quedaron desparramados en la cancha. Con esto los muchachos se anotaron 2 puntos a su favor en lugar de uno.

Nadie lamentó la mala fortuna del Señor Puros Huesos, pues no era alguien muy apreciado por la

concurrencia. Sabían que vuelve a gente y animales en puros huesos antes de matarlos y pensaban que sólo había recibido una sopa de su propio chocolate.

Recogieron los restos del jugador y entró el Señor de los Tullidos en su lugar. Nuevamente el saque correspondió a los Señores de las 12 Plagas y lanzaron la pelota contra el anillo de los muchachos. . . Ambos equipos pelotearon con fuerza y con habilidad, pero los gemelos hicieron el punto 4 y el punto 5, mientras los señores de las 12 plagas sólo se cuidaban de impedir un tiro al aro y de no recibir un fuerte pelotazo que los desbaratara toditos. Se relevaban uno a otro en la cancha y así fue que se hallaron en el juego el Señor de la Traición y el Señor del Infortunio. Este rondaba tras Hunahpú, estorbándole la jugada, pero fue el Señor de la Traición quien le causó un daño imprevisto. Primero contestó con fuerza un tiro quedo, bien colocado de Hunahpú, pero entregando la pelota franca a Ixbalanqué. Este, sin sospechar nada, la recibió con el muslo mandándola con enorme fuerza contra la pared. El Señor de la Traición salió al encuentro de la pelota, pero al notar la colocación de Hunahpú, hizo como que le pegaba, mas no le pegó, y la dejó pasar sin tocarla para que golpeara al joven en un costado del cuerpo. Era un punto en contra no contestar la pelota, pero el plan de los malvados no era ganar en buena lid. El impacto de la bola de hule en las costillas del muchacho fue fortísimo y Hunahpú cayó lastimado.

El público, puesto de pie, abucheó la jugada, aunque no faltó quienes la celebraran con chillidos de aves de rapiña.

—Podrá seguir en el juego —comentó el sapo a juzgar por varios indicios.

Hunahpú se recobró en unos pocos minutos pero a partir de ese momento ya no era el mismo y los Señores de las 12 Plagas cargaron en contra suya todo el juego. Pronto el tanteo pasó de 6-0 a 6-3 y Hunahpú se hallaba peor cada segundo que pasaba.

—Tú no busques la pelota —aconsejó Ixbalanqué a su hermano. —Sólo haz como que juegas, pero no juegues hasta que recuperes las fuerzas.

—Los muchachos están vencidos —se oía comentar entre el público—. Sólo es cuestión de tiempo, pues mientras ellos están agotados, los Señores están relevándose. . . Y aún falta que entre al juego el Señor de la Muerte y el Señor Muerte Repentina. . .

—El Sol. . .— masculló Pedro lq angustiado—. . . Después del juego si pierden los muchachos nunca será el mismo, ni la luna ni las estrellas.

—El Sol. . .— repitió el sapo y se quedó pensando en que los gemelos se hallaban en desventaja al no contar sus cuerpos con la energía solar.

Aun cuando Ixbalanqué se prodigaba en cada jugada, los Señores de las 12 Plagas alcanzaron a empatar a 7 puntos. Fue entonces que el Señor de la Muerte y el Señor Muerte Repentina entraron al juego para obtener la victoria definitiva sobre el cansado Ixbalanqué y el todavía lastimado Hunahpú.

Si su hermano alcanzara a recobrar las fuerzas, Ixbalanqué estaba seguro de que ganarían. Aún solo, se defendía bien y, con sus tiros colocados y sus repentinos cambios de ritmo quitaba a los señores cual-

quier oportunidad de tirar contra el anillo. Cierto, él mismo no podía tirar al anillo contrario más que en los saques. . . Pero ¿quién, aparte de Vucub Hunahpú su padre y antiguo gran jugador de pelota, era capaz de hacer un saque precioso que pasara por el estrecho anillo de piedra? En el saque, amigo lector, la dura pelota de hule se golpea estando quieta y así es casi imposible alcanzar el elevado y distante anillo de piedra. En cambio cuando chocase con la cadera estando la bola en movimiento, o bien cuando se aprovecha el bote, los jugadores pueden lanzarla muy alto y muy lejos e imprimirle tremenda velocidad y fuerza al grado que la hacen rebotar varias veces de una pared a otra. Lo importante es forzar que el rival "entregue" franca la pelota y entonces tirar al anillo de piedra. Si se acierta se gana el juego sin que importen los puntos buenos y malos que se lleven, aunque otra forma de vencer es alcanzar primeramente 21 puntos buenos, que son aquellos que el rival no puede contestar.

El saque de Ixbalanqué salió tan débil que apenas alcanzó el frontón y dio oportunidad al Señor de la Muerte a anotarse un punto bueno al contestar violentamente. Más que nada le salió un cañonazo que al botar contra la pared se fue sobre Hunahpú. El muchacho se hizo a un lado sin contestar la pelota pues aún se sentía sin fuerzas y el tiro del Señor de la Muerte le hubiera puesto fuera de combate con sólo intentar encararlo. Estalló el alarido de los señores de las 12 Plagas. Estaban ya con un tanto de ventaja a su favor. El muchacho alzó la vista al cielo y susurró:

—No me abandones, oh padre.

Tamazul siguió la mirada del muchacho y comprendió que se dirigía a donde debería estar el sol oculto tras de la fenomenal masa de nubes. Entonces su cerebrito de anfibio tuvo una gran idea.

—¡Un rayito de sol. . .! —susurró al oído del niño, y el niño a su vez comprendió la idea del sapo.

—Un rayito de sol. . . —susurró al oído de Caquix, la guacamaya colorada. Y Caquix comprendió la petición del niño.

Dejó la guacamaya su vestido de princesa maya quiché, dejó los adornos de oro y piedras preciosas y remontó a los aires. El cielo, ya lo dijimos, se hallaba muy bajo, y no costó trabajo a Caquix llegar hasta las nubes, atravesarlas y buscar la cara del Sol. Luego, calculó con cuidado la trayectoria adecuada y se lanzó a su mayor velocidad sobre el juego de pelota. La masa de nubes era densa, pero la Guacamaya se abrió paso entre los vapores y logró que un rayito le siguiera prendido a su cola. Sólo era como una chispita la luz que atravesó las nubes, que se cerraron de inmediato tras la guacamaya, pero ese rayito diminuto alcanzó a herir el rostro de Hunahpú y en ese mismo instante sus ojos cobraron un brillo maravilloso, de origen solar.

El Señor Muerte Repentina golpeó la pelota con la cadera y la puso en posición difícil de contestar para Ixbalanqué. Hunahpú se adelantó a su hermano y se tiró al suelo haciendo un esfuerzo supremo por alcanzar la pelota con el antebrazo. La pelota salió proyectada hasta el aro de los Señores de las 12 Plagas y pasó justo por el anillo. Un grito de muerte y victoria estalló en la cancha y las tribunas. Chillaban los 12

Señores a la vez y con ellos chillaban los buhos Tucurú y las alimañas del infierno maya, pero los demás espectadores cantaban de alegría y aplaudían a los vencedores. . . ¡El sol y la luna seguirían reinando en el día y en la noche con la misma hermosa faz! Los 12 Señores se guardarían con sus plagas en la mansión subterránea de donde habían salido por unas horas. Allí estarían hasta que después de cierto tiempo, se reencontraran en un nuevo juego de pelota. Sí, en cierto tiempo, otra vez fuera de la rueda calendárica, cuando no es de día ni de noche.

Entonces disputarían, como siempre, el derecho de reinar sobre la tierra.

Hunahpú e Ixbalanqué, los hermanos gemelos, regalaron a Caquix un plumaje más fino y colorado y al sapo le dieron una piel más húmeda y resbalosa y al armadillo una concha acorazada más rugosa y a Pedro Iq le prendieron una estrella en la niña de los ojos, si bien Pedro Iq se conformaba con saber que después de la tempestad que se avecinaba, el sol y la luna brillarían los mismos de siempre. . .

o

Las primeras gotas de lluvia resuenan en el sacbé:

—Pok a tok. . . pok a tok. . .

Luego el bramido de la tormenta y el viento en rachas huracanadas hacen temblar a la familia de Pedro Iq y son el canto dominante. Pero Pedro Iq con ocho años a cuestas, aguarda confiado. Si se deja

estrechar por los brazos tibios de mamá no es porque esté asustado con los relámpagos y truenos, sino lo hace porque sigue siendo niño y mamá. . . bueno, es mamá.

# CASCABEL

El polvo que levanta el viento tiene color parduzco y no sabe a otra cosa más que a tierra, pero se mete por todas partes y pinta el paisaje de su color.

Anbotaga, la lagartija prieta, con tanto polvo encima se confundiría con una piedra del camino, al igual que muchos otros animalitos del monte. Los propios niños del Mezquital, tienen el color del viento y se confunden en ese cuadro desteñido con florecitas de polvorón que se hubieran desprendido de los cirios espinosos.

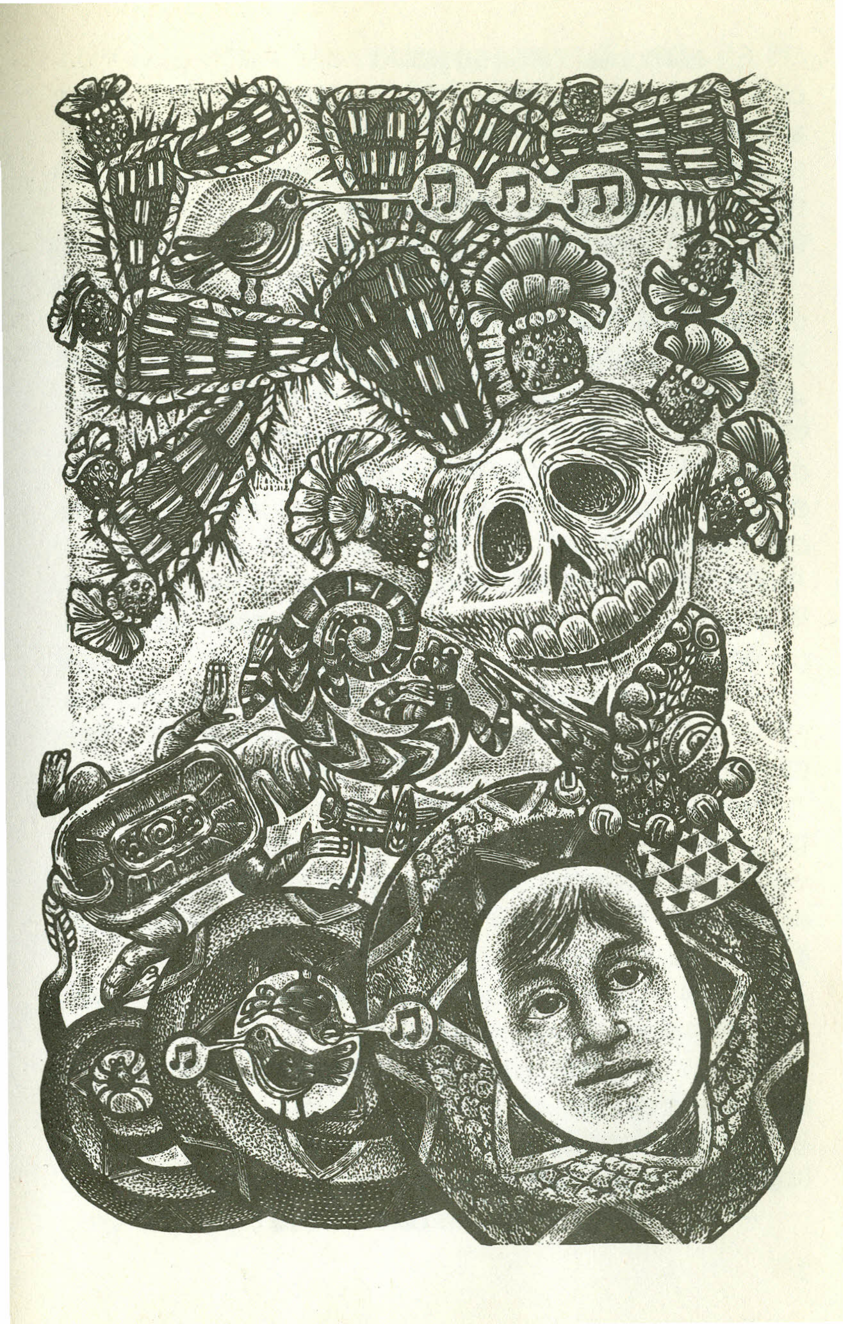
—El niño es un garambullo— dice Anbotaga observadora—y la niña, una margarita silvestre.

—Ay, sí. . .—chirrían los grillos.

—Ay, no. . .—canta el gorrión—. Que no me mire la niña, porque de eso me muero yo. . .

—Ay, sí. . .

—Ay, no. . .



En el monte, pese al polvo de la mañana, la vida canta y suspira, suspira y se afana. La causa de tanto alboroto son los niños que han ido con sus padres a recoger tunas agrias, de esas que llaman xoconostles, buenas para el mole colorado y buenas en almíbar.

Los animalitos miran arrobados y sin poder comprender: los niños tienen labios resecos y renegridos a causa del polvo, pero apenas esbozan una sonrisa y. . . ¡fiat! se ilumina el monte; flacos están los rapazuelos, andrajosos y sucios, pero, ay, como dice la tortuga de tierra, que no rían así como ríen porque se acaban las penas del mundo y luego ¿de qué vamos a llorar?. . .

La infancia de los humanos, descubren los animalitos del monte después de mucho pensar, es la magia de las magias.

Por eso, para entender su misterio, van tras los niños por la nopalera; cantan, suspiran, bailan tras ellos y, de pronto. . .

—¿La magia de qué. . .? —cascabelea la serpiente saliendo somnolienta de su nido bajo tierra.

Por toda respuesta los animalitos se desbandan asustados. Sólo quedan en su sitio el camaleón y la iguana, parientes de la cascabel.

—Ese alboroto —indolente se endereza la víbora— ¿a qué se deben tantos gritos?

—A unos niños, ¿sabes? —responde la iguana sin sombra de malicia.

—¿Qué tienen de especial los niños para alborotar tanto? No me dejaban dormir. . .

—Los niños, prima, nos han robado el corazón. . .

—¿Esas pobres criaturas humanas? —repuso incrédula la serpiente y añadió burlona: —pues fíjate que también a mí—y diciendo esto se arrastró decidida en dirección de los niños.

Pero las piedras arden con el calor del sol y, para no tatemarse a la barbacoa, se apresura a encontrar una sombrita.

—No están mal —observó—; los piecesitos descalzos me parecen estupendos para una mordedura mortal. . .

Y mientras la víbora de cascabel se ponía a pensar, enroscada sobre sí misma para mejor concentrarse, los niños iban de una a otra planta imitando a sus padres. Cortaban tunas xoconostles y aunque estos frutos no tienen espinas, las pencas del nopal sí, espinas bravas, y a veces se espinaban las manos y se les humedecían los ojos.

—No vayas a llorar, niña —decía el camaleón en su inaudible idioma—porque se me parte el alma. . .

Pero la niña no lloraba. Una espina, o dos o tres, sean ganchudas o bravas, ¿qué daño pueden hacerle si ella es hija de la injusticia y la pobreza?

Anbotaga, la lagartija prieta, se asomó con timidez desde su escondrijo.

—Algo malo va a pasar— hipó sin querer y para confirmar lo acertado del presentimiento, la víbora de cascabel silbó:

—Ven niña. . . vamos a jugar.

—No. . .—exclamó la asustada lagartija.

Era el de la serpiente un silbido delgado, casi imposible de escuchar de tan delgado, pero iba bien dirigido y llegó seguro a su destino.

La niña, sin saber por qué, se sintió inquieta. ¿Había escuchado algo o era su propia voz resonando en el cerebro?

—Sígueme. . . —silbaba la serpiente.

—No, no vayas —chillaba todavía más delgada la voz de la lagartija. (Por eso la niña no la podía escuchar).

—Pero tengo que recolectar tunas agrias. . . Llenar el ayate, pues mañana es día de plaza en Ixmiquilpan y hay que vender mucha fruta para tener algunos pesos. . .

—Te llevaré donde hay más xoconostles. . . Sígueme y tendrás no sólo tunas agrias, sino tunas blancas, amarillas, rojas redondas y rojas alargadas. . . ¡las mejores tunas dulces del monte, casi pitayas!

—¿Dónde es eso?

—Por aquí. . .

En pos del extraño llamado del ofidio la niña pronto se alejó de sus padres. Se internó en el monte y siguió caminos desconocidos, hasta que sus pies descalzos, heridos por las piedras, no pudieron más. Entonces se sentó bajo la sombra de un huizache.

—¿Qué haces? ¡Sígueme. . .!

—Ya no. . . tengo que regresar.

—¿Regresar, niñita? Este es el inicio de un viaje sin regreso.

—¿Quién eres tú? —se sobresaltó la niña.

—Ahora verás. . . —sentenció la víbora de cascabel y salió encarando a su presunta víctima.

—¡Oh, una culebra! Por un momento me asusté, creí que eras un espanto. . .

—¡Tonta, más que tonta! —indignose el reptil e hizo sonar sus cascabeles. —¡No soy una culebra! Soy UNA VI-BO-RA de CAS-CA-BEL. . .

—Menos mal, ya me estaba asustando. . .

—Creo que no entiendes —estaba furioso el animal— ¿Sabes lo que voy a hacer? ¡MOR-DER-TE EL PIE. . .!

La tranquila actitud de la niña acabó por sacar al reptil de sus casillas. ¿No sería cosa del calor?, trató de contenerse, porque a ella, la víbora, el calor como que la atontaba un poco.

—Me corté con unas piedras —mostró la niña la planta del pie derecho. Era una huella colorada de sangre y tierra, pero la herida ya había dejado de sangrar.

—Mi veneno es mortal —la víbora seguía su morbosa explicación; hasta empezó a decir mentiras:—Hace efecto en sólo 2 minutos y ocho segundos.

—Y aquí tengo espinas enterradas. . .—la niña levantó el otro pie, una huella negra y parduzca, en la cara del reptil.

—No, no; ese pie no. . .—se aproximó la víbora a la niña y se saboreó por anticipado. Le mordería en el talón. . . ¿O sería mejor en el tobillo?

Viéndolo bien, el empeine no estaba del todo mal. . . Olisqueó los dedos del pie elegido y en ese momento de torpeza enfermiza, ¡plaf!, una piedra le aplastó la cabeza.

—¡Escuintla ésta! —alcanzó a pensar el ofidio.

Pero ya era tarde para él, en menos de dos minutos y ocho segundos se había muerto.

Sólo entonces la pequeña titubeó y dejó que algu-

nas lágrimas lavaran su carita sucia. Claro que se había asustado mucho, pero bien que supo fingir haciendo que se confiara el peligroso animal.

El camino de regreso, si no se conoce, es más largo que el de ida, sobre todo si uno se va deteniendo en este y el otro tunal. Lo malo es que, como cada vez hay menos luz y se quiere llenar el ayate porque mañana es día de plaza, sí que se espina en serio las manos. Por suerte la luna brilla grandota apenas desaparece el sol y no falta un chirrido, un silbo, un canto que indique el camino a casa.

# GLOSARIO

AMBOTAGA: Es nombre otomí de una lagartija prieta.
CACLES: Sandalias toscas de cuero, huaraches.
CAMBUJO: Muy prieto; también se dice del ave que tiene negras las plumas y la carne.
CHIPAWIKI: Es nombre tarahumara de la ardilla oscura de la tierra.
HACER LA RUEDA: El guajolote hace la rueda cuando esponja sus plumas para bailar rutuburi.
HUICHICHIQUIS: Corrupción del náhuatl "huitzitzilin, colibríes".
HUNAHPU E IXBALANQUE: Héroes gemelos del Libro del Conejo (Popol Vuh). Viven en la época en que no hay luna ni sol, pero al vencer a los 12 Señores de la Noche, ocupan el lugar de esos astros en el cielo.
LENGUAJE DE ZUYUA: Habla de los antiguos mayas; tenía un doble significado y sólo lo entendían los iniciados.
LOS 12 SEÑORES: Representan las doce plagas que, según los pueblos prehispánicos, azotan a la humanidad. Al ser vencidos por los gemelos viven en las regiones subterráneas de Xibalbá, el infierno.
LOS TRES NUDOS DE LA TEMPESTAD: Se refiere a los nudos que atan a las nubes, según diversas tradiciones, los que al deshacerse permiten las lluvias.
MAQUECH: Escarabajito que en las regiones de influencias mayas, los campesinos ponen como amuletos a los niños para preservarlos de las enfermedades.
METEORO DIENTEMELLADO: Una especie de rata de campo color blancuzco; se bebe el aguamiel de los maguey y roe las jícamas para que den aguamiel. El por qué tiene el diente mellado no lo puede averiguar.
MEZONTETE: Es el tallo o tronco de la planta.

OJONA culebra de agua: En realidad es una culebra de agua de lo más común y corriente; lo de ojona se lo puso para darse importancia.
OSCURIDAD DE ZOPILOTE: En la mitología maya -quiché, un zopilote gigante produce la noche al extender sus alas y envolver el mundo. En esta historia ha envejecido tanto que la oscuridad no es muy intensa.
PITORREAL: Pájaro carpintero, el más grande del mundo. Habitaba en la sierra tarahumara, en el estado de Chihuahua. Se le cree extinto en la actualidad, pero no, no se puede extinguir así nada más. Lo que ocurre es que anda tocando rutuburi y yumari con una banda de danza trashumante.
QUIOTE: Del mexicano quiotl: Tallo o bohordo floral.
REXIHUAȚALI: Juego tarahumara parecido a la rayuela.
RUTUBURI Y YUMARI: Bailes tradicionales de los indios tarahumaras y otros grupos indígenas del norte del país.
SACBE: Camino antiguo de piedra caliza.
TAMAZUL: Sapo, un aztequismo en el quiche del Libro del Conejo.
TESGUINO: Bebida fermentada de maíz.

Este libro se terminó de imprimir
en septiembre de 1987, con un
tiraje de 1 000 ejemplares
más sobrantes para reposición.